

# LA CANTINA

Después el camino empieza a tirarse monte abajo y al llegar a una pequeña explanada abarrotada de plantas de té, se rompe. Más allá hay un caserío puesto en un altozano de suave hierba. El camino va por allí, descarnado, de color amarillo y ocre y con unas profundas estrías que le han hecho las carretas de tanto pasar. Marcha rozando una hilera de fresnos sin hojas y, a poco, se esconde detrás de una loma cubierta de tostados helechos.

Aquí, a mi izquierda, sigue una senda orientada hacia dos bordas, y una senda más se va cara al monte.

El caserío al que voy esta mañana, está ahí abajo. Para verlo hay que dejar el camino y asomarse a una hondonada no muy profunda. Al caserío casi le aprietan unos montes que tienen hayas y unos puñados de pinos desparramados por ellas. En el otoño destaca poderosamente el colorido encantador que enseñan unas y otros.

Este caserío tiene un mirador con el suelo de cemento, donde las gallinas, los patos y los pollos, se pasean y acaparan todo el cuadrado espacio. Junto a la puerta que está pintada de verde, hay una pantalla de luz que no tiene bombilla. El casquillo cuelga de un viejo y corto cordón y el viento le produce tembleques.

Casi debajo del mirador hay una fuente con aska. El agua se desborda y se marcha por un surco hecho en el lodo, al regato lleno de ortigas.

No es mucho el horizonte que enseña este sitio. Una huerta, un campo de maíces y un par de prados muy verdes colgando del monte. El campo de maíces tiene un seto hecho con varas de fresno entrelazadas. Lo demás es el cielo y unos pedazos de nubes blanquitas y bellas.

El caserío tiene cantina, y como está cercano a la frontera no es de extrañar que aquí vengan gentes de ambas vertientes. Casheros todos. Y contrabandistas, por supuesto. Mientras se come y se bebe se preparan los contrabandos, se analizan los pros y contras, se contratan las cuadrillas, se señalan los días y las horas y los lugares de destino de los géneros.

Los guardias hacen también acto de presencia. Pura fórmula, que dirían. Comen con ellos y charlan con ellos. aparentemente parecen estar en la mejor de las armonías. Pero no obstante todos saben que a la noche siguiente y otras muchas noches más, unos y otros jugarán al escondite por los montes de la frontera. Y las barrancadas y los bosques y las medias laderas y los caminos altos, se llenarán de gritos de atención y ecos de disparos.

Los días de fiesta viene un acordeonista desde un pueblo cercano. Si el tiempo está a propósito, sacan unas sillas y unas mesas al mirador de cemento, no sin antes escuchar el alboroto de las indignadas aves de corral que se ven expulsadas sin consideración alguna.

También vienen chicas. Son de los caseríos vecinos y de los barrios alejados de esos pueblos que allá abajo se alinean a ambos lados de la carretera.

La mayoría de ellas calza alpargatas y llevan pañuelos de color o con dibujos, sobre la cabeza. Cuando llegan se lo quitan y se lo anudan al cuello. Y se despojan de la chaquetilla chillona atándose a la cintura por las mangas.

Y bailan. Bailan sin cesar, sin descanso, jotas vascas mientras las botellas de cerveza y gaseosa aguardan en las mesas de madera.

Cuando el sol se ha marchado y después, mucho más tarde, cuando la luna ha subido por encima de las montañas nevadas que están allá lejos y se para un rato a mirarse en las aguas salpicadas del aska, sigue oyéndose dentro de la casa, la música del acordeón.

Y fuera, allí donde los bosques empiezan y los caminos se pierden, sombras entre sombras escuchan el latir de una noche más en la frontera...

EDUARDO MAULEON